

Los oídos del ángel

Tomás Segovia

Tomás Segovia murió el lunes 7 de noviembre de 2011. Pocos días antes había dado por terminados sus dos últimos proyectos: Rastreos y otros poemas y la novela Los oídos del ángel. En los próximos meses Ediciones Sin Nombre dará a la imprenta esta última, de la cual aquí publicamos un par de capítulos.

XI

Martín me decía que poner en su debida perspectiva esos sentidos contradictorios de la vida provinciana es mucho más difícil de lo que parece, pues no se trata de un problema, sino de un misterio. Yo creía empezar a entender a qué clase de cosas llamaba él misterios. Muchas veces me aclaró que no se trataba de cosas sobrenaturales o trascendentes, ni tampoco necesariamente ocultas. Más bien cosas tan simples que son por eso mismo difíciles de desmenuzar. “El misterio”, le oí decir una vez, “es el hueso en el que te rompes los dientes”. También le escuché el siguiente ejemplo:

—El misterio no es esa verdad invisible e incomprensible que cree la gente, misterio es por ejemplo por qué tres veces dos peras son seis peras, exactamente como la multiplicación del número 2 por el número 3 da el número 6. Lo que haces no es multiplicar unas peras por otras peras, cosa que no tiene ningún sentido, sino en todo caso multiplicar las dos peras por el número 3, que no es ni una pera ni tres peras, que no puedes morder, ni tocar, ni ver, menos aún tocar tres veces o pasar de un montón a otro. Es un misterio cómo es que las operaciones entre números, hechas con reglas enteramente abstractas entre cosas puramente mentales, puramente ideales, como dicen los filósofos, pueden hacerse también entre números y cosas. Nadie te explicará

nunca en rigor por qué usamos la misma palabra “veces” para decir “tres veces dos”, “tres veces tres peras”, y “tres veces he ido al dentista esta semana”. Porque fijate que cuando escribes 3×3 , el primer 3 significa misteriosamente “tres veces” y el segundo significa misteriosamente “tres peras”. Pero es ridículo pensar que ese misterio nos lo podría explicar Dios, o el Diablo, o algún espíritu sobrenatural y esotérico. Eso no lo sabe ni Dios, como dice mi amigo Alfredo.

Esas cosas según él no eran misterios por ser ignoradas, sino exactamente por lo contrario. Un día que tenía ganas de jugar se puso a decirme que un Sherlock Holmes que se interesara por el misterio, y no por esas pequeñas charadas enrevesadas que lo han hecho tan popular, estaría siempre atento a un indicio infalible: la hipocresía. Cada vez que ese Sherlock Holmes depurado sintiera que la búsqueda de alguna respuesta desconocida era una búsqueda hipócrita, estaría casi seguro de que allí no había nada que buscar, o sea de que lo que había era un misterio. Un hombre que pregunta si de veras dos y dos son cuatro o si de veras vale la pena vivir se está haciendo el tonto. Está buscando hipócritamente: sabe como todo el mundo que a eso no hay respuesta. La diferencia entre saber y no saber está aquí fuera de cuestión. Nadie puede saber esas cosas, pero da igual, de todos modos no se puede decir nada comprensible o coherente salvo suponiendo que las sabemos.



Tomás Segovia en el Encuentro de Poetas del Mundo Latino en Morelia, octubre, 2011

A eso llamaba él misterio: a algo que no se puede saber pero a la vez no se puede no saber. Cuando me decía que las contradicciones de la vida provinciana son un misterio, quería decir que preguntar qué sentido tienen es hacer una pregunta retórica que no tiene respuesta o cuya respuesta es obvia. Eso se puede preguntar de un modo juguetón o teatral, pero nadie puede dudar de veras, hablando en serio, de que tengan sentido cosas tan poco lógicas y explicables como “la fuerza de la sangre”, la fidelidad a los juramentos, el respeto a los muertos, el amor al terruño, la importancia del nombre y del apellido, la lealtad a los nuestros. Sólo que proclamar esas cosas como si conociéramos de cierto su valor o su significado es todavía peor; eso ya no es un error, es una mentira. Esas cosas siguen siendo absurdas, y el que diga que son lógicas o que él sabe lo que significan, lo mismo si pretende tener una explicación que si alega alguna razón sobrenatural, se está engañando, a menos que esté tratando de engañar a los demás.

Mientras me decía que eso era a lo que él llamaba misterio, yo pensaba que no lo llamaba así delante de todo el mundo. Lo pensaba con lucidez y serenidad, no para reprochárselo como una baladronada, sino para comprobar una vez más hasta qué punto yo era para él un interlocutor distinto de cualquier otro, y asombrarme una vez más de la especie de facilidad con que yo asumía ese papel que me emocionaba pero también me asustaba. Supongo que muchas veces, durante esas largas conversaciones, yo debía de poner un poco cara de tonta. No siempre era fácil encontrar mi lugar entre la amiga (con un grano también de amistad amorosa: no es que quisiera ocultarme eso), la cómplice, el testigo, la discípula, la heredera. Aquella manera, por ejemplo, de hablarme de la vida provinciana tomando a cada

rato el tono de advertirme de una especie de peligro, aunque sólo fuera el peligro de pasar por encima sin enterarme de veras, era a la vez como dar lecciones a unos discípulos y como inquietarse por una hija (o por un hijo, no estaba segura). Ese misterio del que me hablaba como no le hablaba a nadie, añadía a continuación que era también lo que constituía para una persona como yo el peligro de la provincia.

—Ya sé que eres bastante inteligente —me decía con una complicada sonrisa que subrayaba el halago y hasta la coquetería, y simultáneamente lo desautorizaba como una parodia entre cómplices— para darte cuenta de que la pretendida superioridad de la gran ciudad es un espejismo. Pero cuando ve uno claramente el engaño, quiere uno alejarse tanto de él, que no es fácil defenderse del otro espejismo, el de la superioridad de la provincia.

Y entraba en penosas explicaciones, incómodo él mismo de sentir hasta qué punto salían sobrando pero sin encontrar la manera de cortar airoso el hilo. Creo en efecto que yo no necesitaba tanta insistencia para entender a mi manera la importancia que daba a aquella primera breve época de vida provinciana. Le había hecho entender mejor su insatisfacción con la vida que lo rodeaba, y le había dado a la vez el orgullo de haber sabido no caer en el extremo opuesto. En casa de Chabelita se había asomado a un mundo donde pervivían principios, tradiciones, valores y prejuicios que evidentemente él no podía compartir, pero había hecho un gran esfuerzo por respetarlos, por aceptar su existencia, o su “misterio”, y eso había ensanchado sin duda su comprensión de la vida humana. Era claro que en aquella época su obsesión era madurar, y que buscaba por todas partes los signos favorables o desfavorables a aque-

lla obsesión. A mí todo eso me parecía claro y relativamente sencillo, aunque jamás me hubiera permitido la impertinencia de decirle que aquellas obviedades salían sobrando. Simplemente me parecía que en algunos momentos se le pasaba la mano y llegaba a tratarme casi como a una niña estúpida. Pero prefería esperar a que se restableciera la comunicación que conocía bien. Yo aceptaba de buen grado el papel de discípulo inocente, y ni siquiera me perturbaba en serio pensar que en mi caso se trataba de una discípula y que esa inocencia resultaba inocencia femenina, como quien dice virginal ingenuidad. Estaba segura de que no era eso lo esencial: Martín sabía perfectamente que yo no era una niña ingenua, y si me empujaba a escucharlo desde una inocencia casi imposible, no era por un impulso masculino de superioridad y dominio, sino por una necesidad de explayarse ante una escucha total e incondicionada, ante ese hombre-en-general que no puede ser concretamente nadie, pero que a la vez no puede no ser nadie. No era mi feminidad lo que yo tenía que depurar y elevar hasta un grado casi ideal (que sin embargo no era en modo alguno una represión); era mi capacidad de pura atención, de silencio receptivo, de suspensión de todas las voces distrayentes, y esa capacidad y esa imposibilidad hubieran sido las mismas en un muchacho.

Por supuesto, Martín y yo éramos también una mujer y un hombre (nuestros amigos dirían sin duda una chica y un señor). Pero esto estaba en otro terreno, y aunque los terrenos se recubrían y teñían mutuamente, lo que constituía el primer terreno era en efecto otra cosa. Yo sabía que lo que yo era o podría ser para él como mujer podían serlo otras mujeres y algunas lo habían sido efectivamente. Pero había esa otra cosa en la que estaba segura de ser única, de no tener predecesoras ni probablemente sucesoras. Y esa otra cosa dependía de esa capacidad de hacer dentro de mí el vacío para escucharlo, de recibir todo lo que me decía como primeras noticias, de ponerme bajo sus labios como bajo el cuenco de las aguas del bautismo. Yo hubiera podido no aceptar esa situación, ese pacto, esa especie de figura arquetípica que entre los dos representábamos o encarnábamos. Pero puesto que la aceptaba, y la aceptaba incluso exaltada, era necesario que yo escuchara así: como si no hubiera nadie escuchando y a la vez escuchara alguien absolutamente presente. Era como si gracias a mi suspensión y mi silencio lograra escucharlo con mi voz misma, como si yo suspendiera mi voz no para aguzar el oído sino para que mi voz misma se hiciera escucha y un día pudiera llegar a pronunciar esa escucha, que es probablemente la locura que intentan estas páginas.

Me daba cuenta de lo difícil que era entender esa relación vista desde fuera, y no negaré que eso a veces me desazonaba un poco. Esa desazón me hacía posponer

por ejemplo mi visita a mi madre. Había dejado transcurrir un poco más de tiempo que de costumbre para pasar a verla, y ahora además me inventaba que tenía un motivo suplementario para buscarla: aquella conversación con Martín en que ella había salido a colación y que yo me empeñaba en interpretar como una promesa mía de aclarar la posible relación que hubiera podido haber entre ellos. Desde la muerte de mi padre, hacía ya más de ocho años, mi madre vivía sola con Nacha, su “ayudanta” (siempre se negó a llamarla “criada”), que había estado con ella casi desde su llegada a México. Yo me había ofrecido desde el entierro mismo a volver a la casa para no dejarla sola, pero insistió en que mi independencia era sagrada y en que ella se arreglaría muy bien con su Nacha. Puedo decir que mi madre en efecto valoraba mi independencia más que yo misma. Desde mi adolescencia había proclamado delante de quien quisiera escucharla (y sospecho que de muchos que no tenían ningunas ganas de escucharla) que yo entraría a la Universidad y tendría una carrera; a sus hijos, mi hermano y yo, nos aseguró más de una vez que si yo fracasara en mis estudios le daría con ello un disgusto más grande que si fracasara mi hermano.

Mi madre no era una mujer política, y ese feminismo del que daba bastantes pruebas no lo tomaba como una reivindicación o un programa social, sino más bien como una moral, pero eso sí, inviolable. Su inflexibilidad en ese terreno la hacía incluso un poco antipática en el medio donde se movía más o menos exclusivamente: en el de aquellas mujeres nacidas en España y llegadas al exilio mexicano todavía en la flor de la edad. No podía dejar de criticar a sus amigas o vecinas cada vez que le parecía ver indicios de algún trato discriminatorio o represivo impuesto a una hija, o siquiera de una opinión o un chisme que avalaran semejante comportamiento. “Nosotras no podemos hacer eso”, decía; y ponía tanta convicción en la palabra nosotras, que nadie se atrevía a contradecirla. Alguna interlocutora intentaba a veces justificarse, pero era más bien pretendiendo que su actuación no era tan represiva como parecía; a nadie se le hubiera ocurrido dudar de quiénes eran “nosotras” ni negar que “nosotras” teníamos más compromisos morales, o por lo menos más evidentes, que el resto de los mortales —sobre todo que el resto de las mujeres.

Y sin embargo, en aquel momento, yo no las tenía todas conmigo cuando me enfrentaba a la idea de que era preciso ir a ver a mi madre. No era muy probable que le hubiera llegado alguna habladuría sobre Martín y yo: ya sólo la diferencia de generaciones justificaba la diferencia de habladurías en uno y en otro medio, pero además también contaba cierta brecha que separaba el mundo todavía un poco encerrado de los exiliados de su generación del mundo muy diferente de sus hijos nacidos en México. No era que yo temiera su condena o su

rechazo, sino más bien lo contrario: era muy probable que cuando yo le hablara de Martín imaginara que había entre nosotros una relación de pareja, y lo que me inquietaba era la perspectiva de tener que dar unas explicaciones evidentemente poco claras y convincentes. Mi madre sin duda aprobaría, incluso con alegría, esa imaginaria relación, por más que probablemente la encontrara un poco extravagante; pero yo sin duda me sentiría tan atropellada por esa aprobación de una audacia que no existía como las víctimas de los perversos juegos de Sixto.

XII

Mi madre seguía viviendo en la calle de López y seguía teniendo el hábito, como toda su vida, de tomar a media tarde un café con leche con pan dulce o galletas, ritual en el que me hacía participar cuando la visitaba. Desde que vivía sola solía compartirlo también con Nacha, que interrumpía sus interminables tareas domésticas para sentarse brevemente a la mesa, todavía a estas alturas con un aire ligeramente circunspecto, y charlar un momento con su “señora” de las menudencias del día. Hacía tiempo que mi madre había dejado de insistir en que la llamara Lola, que era su nombre de pila, aceptando finalmente que era un atentado demasiado fuerte contra las costumbres en que Nacha se había criado, y toleraba que siguiera llamándola “señora”, aunque a menudo le contestaba con un leve pliegue de guasa en los labios que no estoy segura de que Nacha supiera interpretar. También esa vez mi madre la invitó a que viniera a “ver a Sarita” y a compartir nuestro café con leche. Tuve que hablarles como siempre de mis estudios, de mis profesores o compañeros, de algunas amigas que en un momento u otro había presentado a mi madre y por las que ella preguntaba cada vez que volvía a verme. Nacha era enormemente discreta y siempre hacía mutis después de haber cumplido el mínimo tiempo ritual, con un suave “Con permiso” y aduciendo unas tareas que no podían esperar.

Una vez solas, mi madre se dedicó como siempre a informarme de las novedades de su mundo, de la salud de mi hermano menor que pronto acabaría la carrera de química, de las hijas de amigas que se habían casado recientemente y los hijos e hijas que se habían divorciado, de alguna que otra muerte y de bastantes enfermedades entre los vecinos y amistades. Yo estaba un poco nerviosa, esperando el momento en que no fuera demasiada interrupción hablarle de Martín. Por fin me decidí:

—Oye, mamá, ¿tú conociste a Martín Ríos? Creo que es más o menos de tu generación y me parece que en la escuela donde estudió daban clase algunos amigos de papá.

Se quedó un rato absorta repitiendo “Martín Ríos... Martín Ríos...”. Después empezó a explorar, obviamente

te despistada. ¿No era uno que fue novio de Paquita? No, le parecía que no era ése, sino aquel chico que se fue a Estados Unidos antes de terminar la Preparatoria. No, espera, debe ser el que iba al Mundet con el hijo de Manuela, que una vez se tiró de cabeza donde el agua estaba baja, perdió el sentido y por poco se ahoga. Ah, ya sé, aquel sobrino de Negrín. ¿Tampoco?

—Pero bueno, ¿por qué me lo preguntas?

—No, por nada, es que lo conocí en casa de Sixto Perales y estuvieron hablando de sus tiempos. Pensé que ellos y tú podrían haber coincidido a veces.

—Bueno, hija, tú sabes que yo me casé apenas desembarcada y tuve poco trato con los chicos de mi generación. Ojalá hubiera podido estudiar como otras, pero los primeros tiempos fueron difíciles y yo tenía que ayudar a tu padre. Y luego, cuando teníamos más desahogo, viniste tú y tuve menos tiempo todavía —añadió con una sonrisa encantadora.

—Pero sí conociste a Sixto.

—A ése sí, tampoco digo que no conociera a ninguno de los chicos de entonces.

Lo había conocido hacía mucho; en esa época era novio de Encarnita, la mayor de las Rueda, e iba mucho al Club Mundet a encontrarse con ella. Un noviazgo que no duró. También entonces hacían todavía bailes de refugiados, y ella asistió algunas veces, incluso estando embarazada (y aquí intercaló una sonrisa juguetona). Le pregunté si había visto alguna vez a Sixto en esos bailes. Creía que sí. ¿Y no habría visto también allí a Martín Ríos? Es que no podía recordar cómo era ese Martín Ríos; le sonaba el nombre pero no lograba ponerle una cara. En todo caso, comenté yo, Sixto era un tipo bastante raro; ¿qué se decía de él entre la gente que ella veía? No se acordaba bien, pero le parecía recordar que tenía fama de estrafulario. Lo que es verdad es que la madre de Encarnita no miró nunca con buenos ojos aquel noviazgo, y si no hubiera sido por respeto al doctor Perales, el padre de Sixto, lo hubiera puesto de patitas en la calle.

Para seguir haciéndola hablar, le conté que Sixto había hecho luego la carrera de Letras y había sido un estudiante brillante. Y maestro mío, como ella sabía, muy buen maestro. Varios muchachos del mismo grupo habían entrado más o menos juntos en la Facultad, entre ellos Martín Ríos.

—Ah, ¿es también uno de tus profesores?

Le expliqué como pude que Martín había huido siempre de la docencia. Eso, como preví, la escandalizó bastante. Para sus ideales, que alguien tuviera la oportunidad de hacer una carrera universitaria y luego tirara por la borda las oportunidades que eso significaba era algo incomprensible y casi insultante. Me apresuré a tranquilizarla un poco asegurándole que Martín no había desperdiciado del todo su carrera. Había decidido hacerse



© Javier Navariz

librero, lo cual era una manera de aprovechar lo que uno aprende en la carrera de Letras.

—¿Y qué pasa con el tal Martín? ¿Es que...?

—No, mamá, no se trata de eso. Ya te dije que es de los tiempos de mis profesores.

Pero a mi madre no se le quitaba de la cara cierta expresión vagamente irónica. Entonces empecé a hablarle de mi frustrado reportaje, callándole por supuesto que había abandonado el proyecto. Le dije que tal vez ella misma pudiera darme algún dato sobre aquella época. Se evadió, naturalmente, alegando que ella nunca se había movido entre intelectuales ni conocía a nadie de ese medio. Yo contraataqué explicándole que no me refería a eso; que para un reportaje como el mío no sólo importaban las personas y sus hechos, sino también el entorno general, el contexto, el ambiente histórico. Me interesaba igualmente hacerme una idea de cómo era la vida de los exiliados españoles en aquella época, incluso la de sus padres o abuelos si los había, y sin duda ella conocía todo aquello mucho mejor que yo. Reconoció que eso era verdad, pero no le parecía que todo aquello tuviera mucho interés.

—Ni siquiera somos ya refugiados —dijo—. Ahora cuando yo le digo al fontanero o a un taxista que soy refugiada, me preguntan qué quiere decir “refugiada”.

Por eso precisamente (volví a insistir yo) es por lo que hay que investigar sobre estas cosas, antes de que se pierdan del todo y sean irre recuperables. Ella no lo veía tan claro. ¿Es que a mí me parecía que no había bastantes libros sobre el tema? Sí, pero de lo que no se hablaba nunca era de la vida cotidiana, lo que podríamos lla-

mar la vida real, la gente, las maneras de ser, las costumbres, los ambientes. Lo que a mí me interesaba era darme cuenta, como si hubiera yo estado allí, de cómo vivían, cómo pensaban...

—¿Pues cómo íbamos a vivir? Como todo el mundo.

—Pues no, mamá, no como todo el mundo. ¿Tú crees por ejemplo que todo el mundo “merienda”, como dices tú, café con leche y galletas? Aquí, mamá, la gente que “merienda”, más bien come tamales con atole.

—Bueno, sí; pero eso no quiere decir que no vivamos como todo el mundo.

—Por lo menos no me negarás que se les nota en la manera de hablar. Acabas de decir “como todo el mundo”; yo cuando hablo con mis compañeros digo “todo mundo”. Y yo acabo de decir que así hablan, pero tú dirías que así habláis, ¿o no?

—Ya estamos. Me he pasado la vida oyendo decir que hablo como gachupina.

No era por allí por donde yo quería indagar. Le pedí que me hablara de su vida en los años cincuenta y los sesenta. Me contó que ya para entonces la situación familiar había empezado a mejorar. Mi padre participaba ahora como socio en el laboratorio de productos de tocador en el que trabajó toda su vida, y por esas fechas nos mudamos del primer departamento de la calle de López, del que yo conservo un recuerdo bastante nebuloso, a otro más grande dos cuadras más abajo. El primero, añadió, era casi un cuchitril en el que no hubiéramos cabido los cuatro que éramos ya entonces.

Se puso a hablar de mi padre, era inevitable. Empezó a contarme que él siguió creyendo durante muchos años

que de un momento a otro volverían a España. Los amigos le decían que había Franco para rato. Si los Aliados no le habían echado en los primeros dos o tres años, era claro que no tenían ninguna intención de echarlo. Pero mi padre contestaba que un cambio de régimen necesita mucha burocracia, y la burocracia es la cosa más lenta del mundo. Los países democráticos querían evitar represalias y violencias, pero no es que se negaran al cambio cuando estuviera un poco garantizado el orden. Para él la gran decepción fue cuando la ONU reconoció a Franco. ¿Qué año fue eso? Yo no me acordaba exactamente, pero fue sin duda en los cincuenta. Mi padre había tenido que dar la razón a sus amigos y se había replegado, con evidente amargura, en la esperanza de que Franco muriera antes que él. Tampoco eso se lo concedió el destino: murió semanas antes que el dictador, sin duda desesperado de ver que en la macabra carrera de esas dos agonías paralelas, él iba perdiendo terreno. Mientras tanto, se negó siempre a pisar tierra española, como tantos de sus paisanos (iba a decir de sus correligionarios), que a partir de los años sesenta se asomaban a veces con mayor o menor reticencia a la tierra perdida, casi sin excepción para volver a replegarse en su nuevo hogar. Cuando vi que mi madre hacía un esfuerzo para disipar los malos recuerdos, aproveché la ocasión para dar un paso más.

—Y a Cecilia Marcos ¿la conociste?

Sí, le habían hablado de ella y la había visto dos o tres veces. Su padre era químico y llevaba cierta amistad con mi padre. A veces iba al *ladies'bar* donde mi padre y mi madre tomaban los domingos un vermut con los amigos, y Cecilia pasaba allí a buscarlo de vez en cuando para ir a comer. Se casó con aquel chico que trabajaba en la editorial... ¿cómo se llamaba?

—¿El chico o la editorial?

—No, el chico; es que no puedo acordarme.

—Paco. Francisco. Paco Luna.

—Sí, eso, ¿y qué ha sido de ellos?

—Cecilia murió el año pasado. Paco vive todavía.

—Qué lástima. ¿Y tuvieron hijos?

—No, mamá, que yo sepa.

—Pues es también una lástima. Cada vez somos menos.

No pude menos de sonreír, cariñosamente desde luego. ¿Quiénes somos menos? Justamente se estaba hablando mucho desde hacía algún tiempo de que la población del mundo crecía demasiado. “La explosión demográfica” le llaman a eso, y los expertos dicen que es eso lo que es una lástima. ¿Cada vez somos menos los mexicanos, o los habitantes del planeta, o los españoles? Ahora: que a partir de cierta edad cada vez sean menos los de la edad de uno es natural e inevitable, pero que haya matrimonios sin niños no es tampoco ninguna tragedia. Me arrepentí de haberlo dicho. Mi madre reconoció meneando la cabeza y con una encantadora sonrisa que yo

tenía razón, pero vi que estaba un poco herida. Sí, era verdad que ella cuando decía “nosotros” seguía pensando en los refugiados españoles. Tenía que perdonarla, es que eso de que te hayan echado de tu tierra no es fácil de olvidar. Lo que a ella le dolía es que cada vez había menos gente con quien hablar de aquellos lugares y aquellos tiempos.

—Con vosotros —se refería a mi hermano y a mí— ya sé que es una lata volver a machacar con esas cosas.

Traté de consolarla diciéndole que esta vez había sido justamente yo la que había sacado el tema. Ya veía ella que no me aburría la cuestión, al contrario: si en la Facultad Sixto me había aconsejado hacer una investigación sobre su generación, era porque veía que me interesaba, cosa que todos encontraban normal siendo yo hija de refugiados. Y conste que no sólo me interesaban los escritores, aunque el tema tenía que ser oficialmente ése, por motivos académicos, pero también tenía gran curiosidad por las mujeres, por lo menos por aquellas chicas que estuvieron en la Facultad con los jóvenes del grupo. Por eso le había preguntado por Cecilia Marcos, con la esperanza de que ella la hubiera tratado. Bueno, tratarla ya me había dicho que no, pero la había visto alguna que otra vez. En el *ladies'bar* donde había estado a veces con su padre todo el mundo hablaba bien de ella. Claro que era en presencia del padre, pero eran muchas las veces que le felicitaban por tener una hija tan buena. Sí, pero en aquellos grupos ¿a qué le llamaban una chica buena? ¿Tenían las mismas ideas que ella, que mi madre, que había defendido siempre la libertad y la dignidad de las mujeres? Bueno, es cierto que muchas de sus amigas se escandalizaban un poco de sus ideas.

—O mejor dicho: no es que se escandalizaran, es que se ponían un poco nerviosas, porque en el fondo sabían que yo tenía razón, pero seguro que mil veces iban a claudicar y les daba miedo que yo las pusiera en falta.

¿Y qué lugar hubiera tenido Cecilia ante aquel tribunal?

—Uy, tribunal, qué cosas dices, hija.

Bueno, ya me había dicho que nunca la trató mucho, pero se podía imaginar la clase de chica que era, un tipo de chica que ellos conocían bien. Las discusiones sobre esa cuestión iban siempre por el mismo lado: ella y otras amigas tenían que machacar una y otra vez que el hecho de que fueran más libres y echadas para adelante que las mujeres de su propia generación, o que otras chicas de familias más aburguesadas, no quería decir que fueran menos “serias”. Yo seguía apretándole las tuercas y quise saber ahora qué querían decir con la palabra “seria”. Confieso que hice un poco de trampa y fui llevándola a que me lo dijera un poco más a mi manera que a la suya, pero acabamos hablando de responsabilidad y de dignidad más que de moralidad y buen comportamiento. **U**